

Entrevista con Eduardo Galeano

Historias no contadas

Guadalupe Alonso

Con humor, ironía y algo de nostalgia, el autor uruguayo lee el pasado con el ojo puesto en el presente. Un diálogo revelador: sin memoria sería imposible descifrar el momento actual.

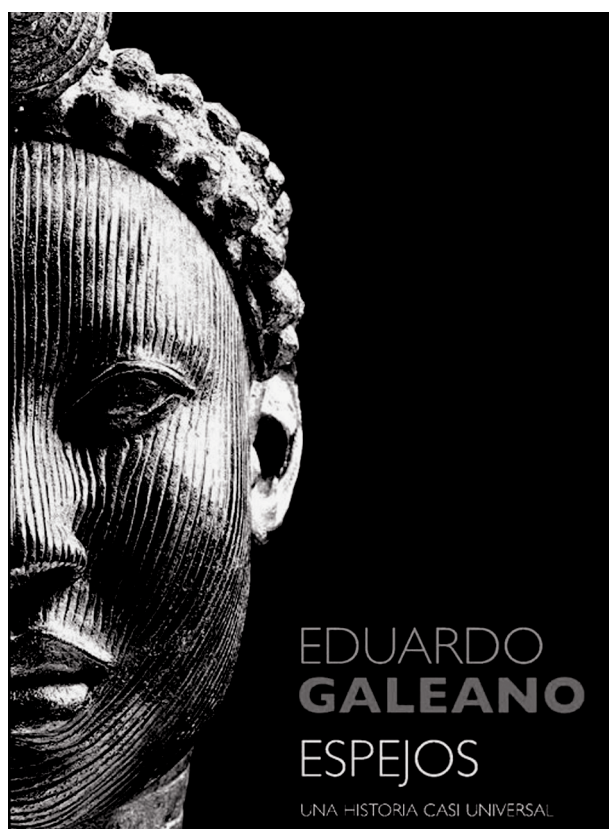
Padre, píntame el mundo en mi cuerpo. Con este epígrafe, canto indígena de Dakota del Sur, comienza el itinerario de *Espejos. Una historia casi universal*, trabajo más reciente de Eduardo Galeano. En él despliega, a manera de sinfonía, una serie de viñetas que van del origen de la vida, cuando *sin nombre, sin historia, estaba sola*, pasando por mitos, héroes, imperios, ríos, continentes y algunos personajes olvidados, “los nadies”, dice Galeano, que desde el anonimato contribuyeron a ordenar o a desordenar el mundo. Con humor, ironía y algo de nostalgia, el autor uruguayo lee el pasado con el ojo puesto en el presente. Un diálogo revelador: sin memoria, sería imposible descifrar el momento actual.

La mañana es clara. Desde las alturas de una terraza en la Avenida Juárez, se domina el parque de La Alameda y sus alrededores. Galeano, entusiasta, después de dos exprés bien cargados, narra el proceso de creación de este mar de “historias no contadas”, producto de largas caminatas y reuniones en los cafés de Montevideo.

ES DIFÍCIL ESCRIBIR TAN SENCILLO

Estuve hace relativamente poco en España ayudando a que *Espejos* diera sus primeros pasos en tierras ibéricas. Estuve en varios lugares de Galicia, y en Orense leí varios tramos de *Espejos* con un público muy amigo. En la fila de atrás había un hombre que me llamó mucho la atención. No le podía quitar la vista de encima porque tenía

una cara de enojado... Tenía una cara bella, de campesino curtido por los años y las labores, un hombre hecho de tierra, alto, flaco, estaba enjuto, pero con años, bien gastado. Me miraba fijo, sin pestañear. Después de la lectura firmé libros, pasó el tiempo y él seguía allí parado, inmóvil. Empecé a preocuparme. Pensé: “No vaya a ser que este hombre me pegue un navajazo, no sé por qué está tan enojado”. Cuando todos se fueron él se acercó con paso muy firme, muy decidido, me encaró y dijo: “Qué difícil debe ser escribir tan sencillo”. Y se fue, sin desenojarse ni un poquito, pero me había formulado la mejor definición crítica que he escuchado jamás de lo que yo hago y sobre todo, la más cariñosa. Así, como gallego, un poco enojado hasta para besar, me dejó ese mensaje tan revelador que ni yo hubiera sido capaz de pensarlo. En realidad es muy difícil escribir tan sencillo. Cada uno de los textos de *Espejos* es el resultado de una versión, dos, cinco, diez. Fueron naciendo uno por uno, por su cuenta, dispersos a lo largo de mucho tiempo. Yo no sabía muy bien qué era lo que quería hacer. Los libros me escriben, y los textos, mis relatos, cobran vida propia, me andan por adentro. Soy muy caminante, camino mucho por la orilla del río-mar en Montevideo. Camino horas y horas y las palabras caminan conmigo, se van encontrando y forman historias y las historias se encuentran entre ellas. Así fue concretándose algo que yo ya sospechaba: que esos relatos querían ser una historia universal. Me asustaba el término, por eso finalmente el subtítulo fue *Una historia*



casi universal, para que me asustara menos porque era un poco loco esto de escribir una historia del mundo.

La idea era hacer un libro que contara la historia no contada. Era tentadora la idea de mostrar la otra cara de la luna, la cara de la tierra que en este caso es la cara de los no nombrados, los excluidos, los “nadies”. Me parecía un desafío lindo. Me excitaba, me gustaba. El resultado fue este libro que sí, exigió mucho trabajo. Lo que pasa es que al final no se puede computar el tiempo, porque esto es la consecuencia de qué sé yo cuántos años que anduve por ahí averiguando, recibiendo datos, escarbando. La mayor parte de la información proviene del cuerpo a cuerpo, de las charlas con amigos, de mis andares. En esos andares iba recogiendo voces, datos. A veces no tenían nada que ver con la realidad y no me servían, porque traté de escribir un libro que tuviera que ver con cosas que sucedieron de verdad y que iba descubriendo e indagando a medida que el tiempo pasaba. Yo no soy hombre de biblioteca. Creo que Borges sí, fue un gran escritor que escribió la literatura de un hombre sentado, pero yo soy un caminante y esta cosa de investigar me aburre bastante, aunque siempre me recompensa porque seguido encuentro más de lo que busco o encuentro cosas que no sabía que estaba buscando, datos inesperados, historias desconocidas.

Espejos es un libro que se burla de las fronteras del mapa y del tiempo, también de los géneros. Salta libremente del presente al pasado y al pasado más remoto, lo mismo que del mapa que han dibujado los dueños del planeta. Son historias que suceden en diversos

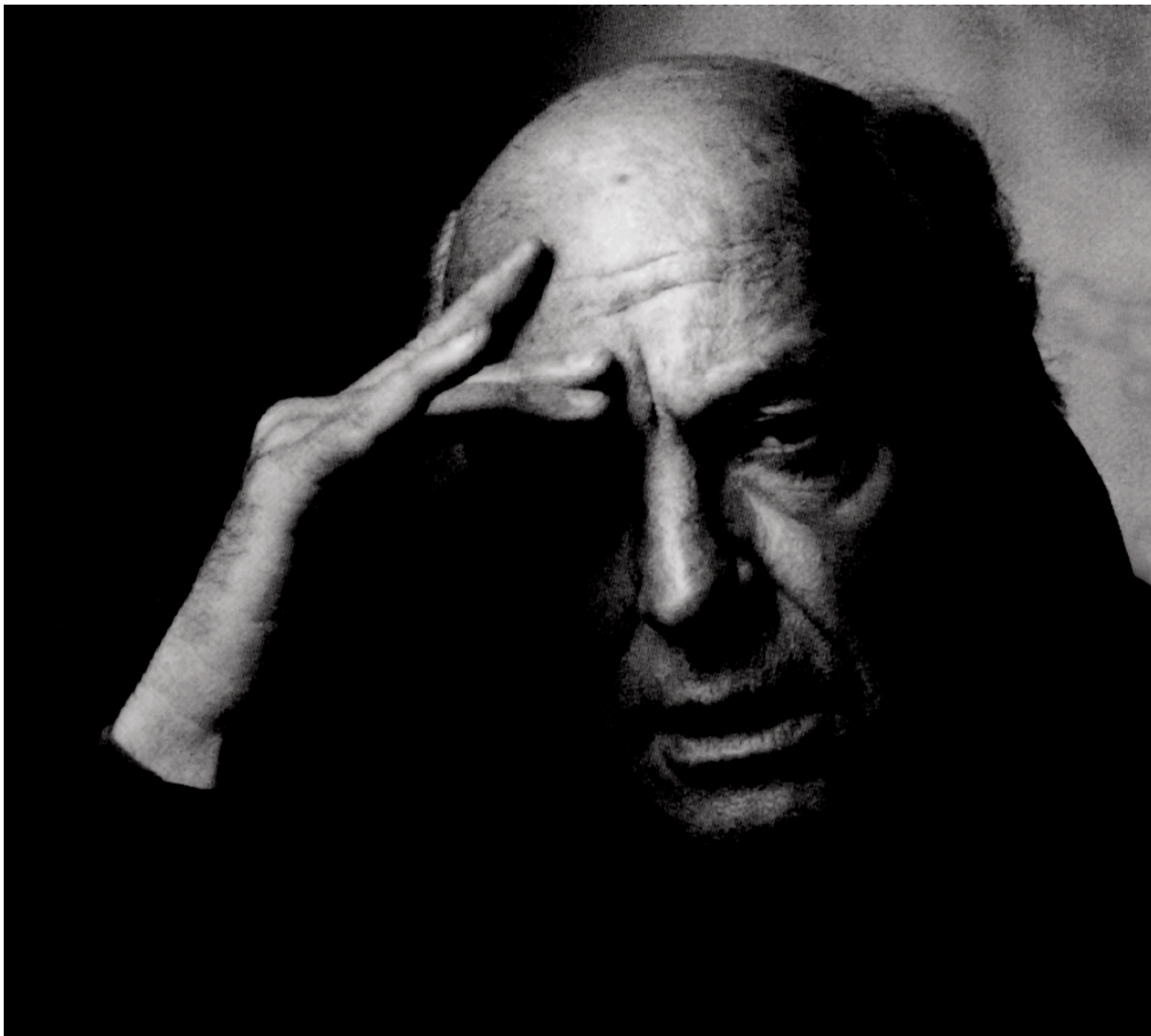
lugares. Fue muy difícil darle a eso una estructura de conjunto que fuera legible y comprensible. Como el libro es un acto de locura porque solamente a un loco se le puede ocurrir escribir una historia del mundo en 360 páginas, me enfrenté al reto de que no fuera una locura para quien lo leyera, que pareciera ser coherente por lo menos. Y ahí fue que vino la hora del sacrificio casi al estilo precolombino, sacrificio con puñales de obsidiana. Había que sacrificar los textos que no entraban, los relatos que no coincidían con esa intención de sinfonía que tiene el libro. El libro tiene una musicalidad interior que permite que uno lea como se le ocurra cualquier página abierta al azar, o que lo lea de continuo.

LA HISTORIA NO OFICIAL

Hay una historia humana subterránea que corre por debajo de la tierra, que está de un modo milagroso viva todavía, pero que ha sido porfiadamente negada por la historia oficial. Creo que esa es la historia que hay que recuperar porque es la más jugosa, la más divertida, la más humana. La historia de las mujeres, por ejemplo. Estamos acostumbrados a identificar la opresión femenina con las religiones, lo cual es cierto. Las religiones en general, por lo menos las religiones que comparten el mismo Dios —la judía, la cristiana y la musulmana— las han tratado bastante mal y las siguen tratando bastante mal, pero el universo laico no se ha portado mucho

mejor. En el proceso de escribir el libro me enteré de cosas que no sabía. A pesar de que fui muy místico, muy católico, a mí nadie me dijo, por ejemplo, que la iglesia católica prohibió durante siete siglos y medio que las mujeres cantaran en los templos porque las voces de las hijas de Eva ensuciaban la pureza del aire. Y tampoco me contaron mis amigos de los cafés, todos revolucionarios, izquierdistas, progresistas, que las revoluciones no habían sido mucho mejores. Por ejemplo, la Revolución Francesa le cortó la cabeza a Olympia de Gouges cuando esta militante revolucionaria propuso una declaración de la mujer, de las ciudadanas, porque la Revolución Francesa proclamó los derechos del hombre, pero las mujeres no tenían siquiera el derecho de opinar. A Olympia, que tuvo esta afortunada idea —redactó y presentó ante la asamblea una declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana— la condenaron y le cortaron la cabeza en la guillotina. Cuando estaba subiendo al cadalso, preguntó: “Si las mujeres tenemos el derecho de subir a la guillotina, ¿por qué no tenemos el derecho de subir a las tribunas públicas? Estas historias son completamente desconocidas.

Otra mujer, Concepción Arenal, es un personaje muy interesante. Hay una calle en Montevideo que lleva su nombre. Como soy muy curioso, les preguntaba a todos quién era Concepción Arenal. Nadie sabía. Tiempo después, me enteré. Era una española, gallega, como Emilia Pardo Bazán y otras gallegas muy destacadas en la historia del las artes y del derecho. Concepción Arenal fue criminóloga, la primera gran criminóloga en la historia. Allá por mil ochocientos treinta y tantos, Concepción hizo la carrera de derecho en Madrid disfrazada de hombre. Se ponía un corset muy ceñido para disimular sus tetas que eran su defecto de nacimiento, entre otros —entre las piernas no tenía más que un agujerito y encima tetas, puros defectos— y entonces así, disfrazada de hombre, hizo la carrera de derecho y también acudía a las tertulias literarias de Madrid. Había una asociación en Londres en aquellos tiempos, a mediados del siglo XIX, la Asociación Howard, la más importante en materia de derecho penal y de cárceles, una organización especializada en el tema de las prisiones. Concepción había hecho un trabajo muy importante que después desarrolló Victoria Kent en el fugaz período de la Repúbli-



Eduardo Galeano

Hay una historia humana subterránea que corre por debajo de la tierra, que está de un modo milagroso viva todavía.

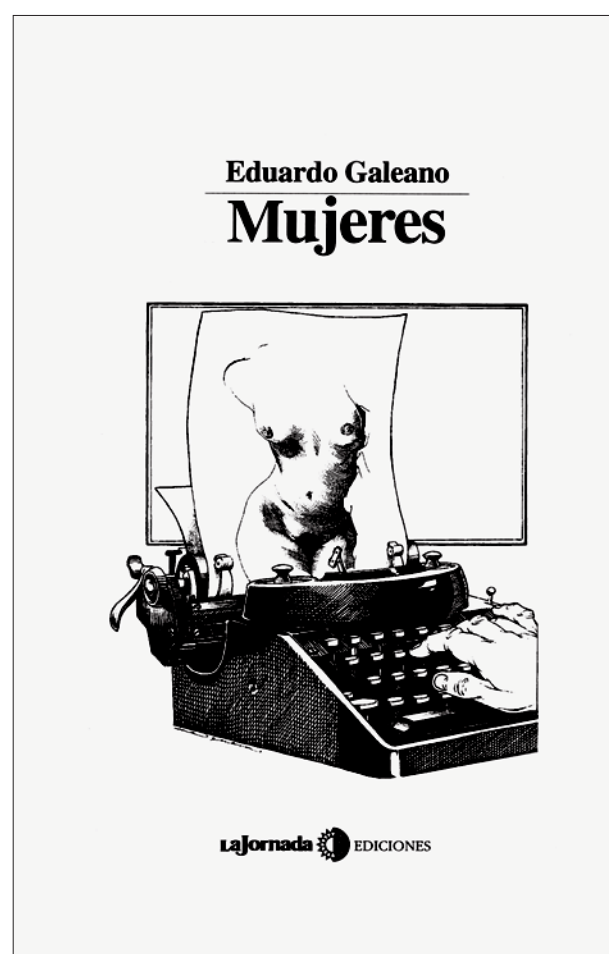
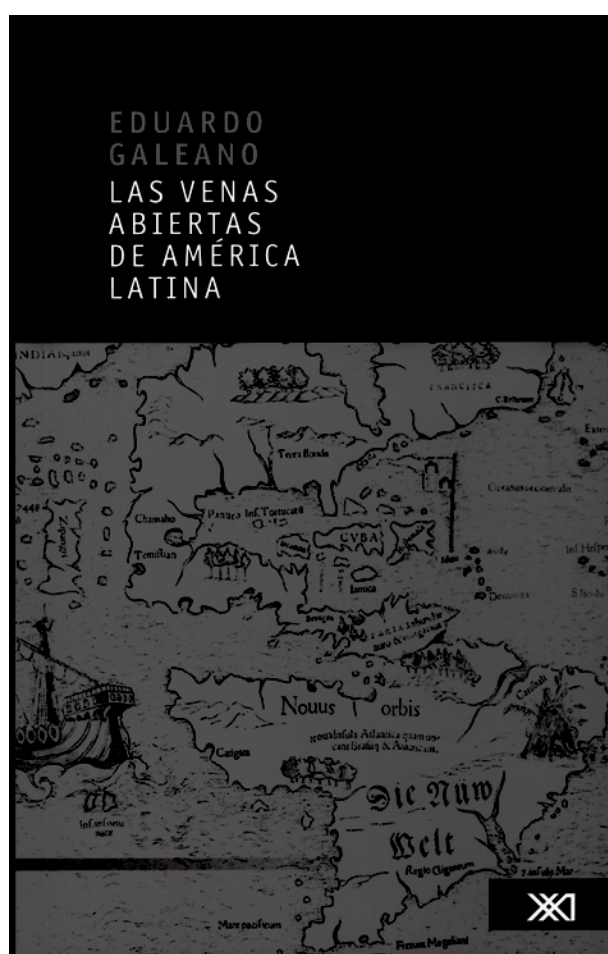
ca Española. Cuando la Asociación Howard nombra a Concepción su representante en España, el certificado que le mandan dice Sir Concepción Arenal. Creían que era un hombre porque no cabía en la cabeza de nadie que una mujer fuera capaz de hacer todo lo que ella hacía y decir todo lo que ella decía. Hay una frase que yo usaba mucho y que no sabía que era de ella porque se le atribuye a muchos, pero es de ella: “Quien generaliza, absuelve”. Es decir, si la responsabilidad es de todos, no es de ninguno. Y es una frase profética porque ahora que se habla, por ejemplo, de la catástrofe del clima, del clima enviado al manicomio, se dice: todos somos responsables. ¿Yo, responsable de la catástrofe del clima? ¡No! Los responsables son otros, que además hacen jugosos negocios con el sacrificio del clima. Entonces si la responsabilidad es de todos, nadie es responsable.

Hoy día en América Latina la mujer ha ganado espacio, pero aún falta mucho por hacer. Por ejemplo, las mujeres ganan menos que los hombres, son sistemáticamente discriminadas en muchos aspectos y sufren to-

avía las consecuencias de una tradición machista que las desprecia, las castiga, las viola, las humilla dentro y fuera de la casa. A mis amigos de los cafés, que son terribles, les da por reírse de mí. Así que me veo en la necesidad de explicarles que no creo que las mujeres sean mejores que los hombres, ni los negros o los indios mejores que los blancos. Nadie es mejor que nadie, somos todos mitad basura y mitad maravilla. De lo que se trata es de tener las mismas oportunidades y en eso el mundo todavía está lejos de ser un mundo de verdad democrático. Muy lejos.

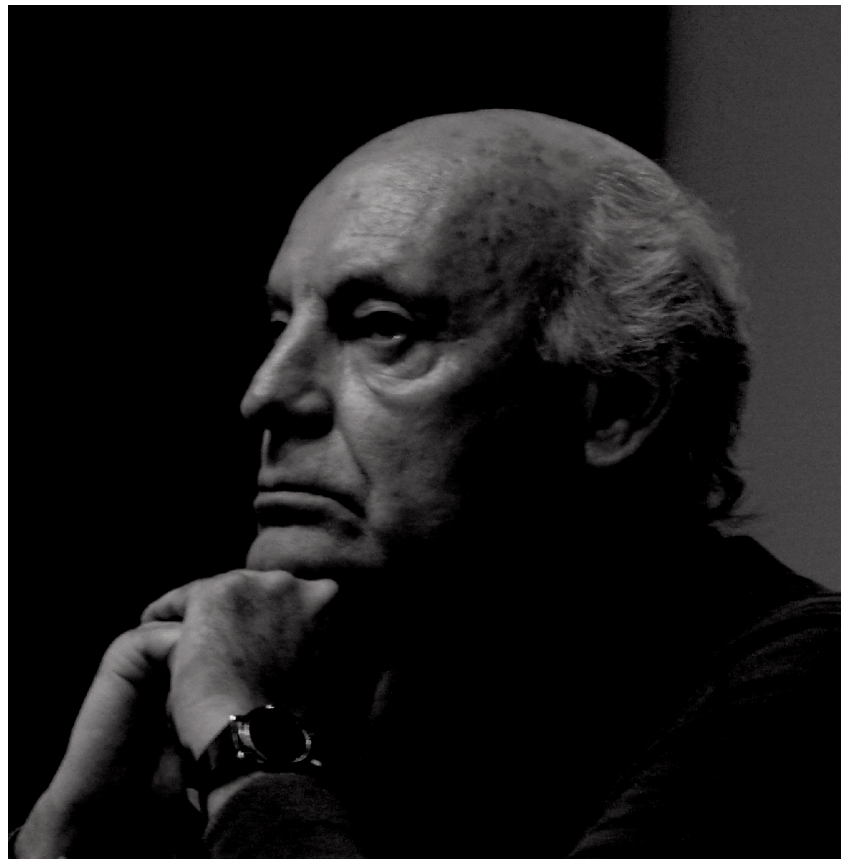
BAILAR SALSA AL RITMO DE LA ORQUESTA DEL TITANIC

En cuanto a la independencia, ahora que se celebra el bicentenario, es todavía una tarea pendiente. Es digna de ser celebrada, pero también es digna de ser conquistada porque no somos de verdad independientes. Resuenan ahora las voces desesperadas, gente como Don Simón



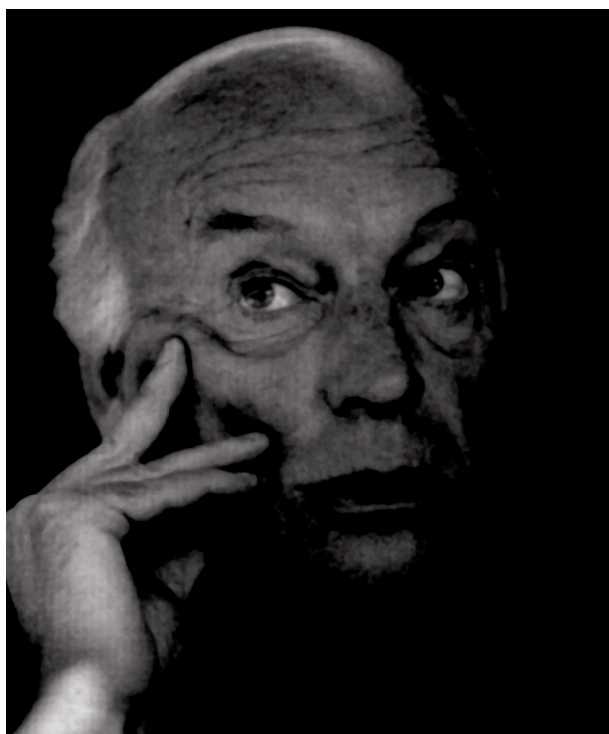
Rodríguez —otro personaje desconocido, porque el libro también rescata a algunos latinoamericanos mal conocidos— gran figura, probablemente el pensador más original que tuvimos en el siglo XIX y también el más solito, al que peor le fue. Andaba a lomo de mula por los caminos de América predicando en el desierto, proponiendo una educación revolucionaria. La pudo llevar a cabo hasta cierto punto en una población, Chupiza, lo que ahora es Bolivia, hasta que Sucre lo echó. La verdad es que era muy digno de ser expulsado porque proponía una educación que mezclaba a machos y hembras, pobres y ricos, la cabeza y las manos, una educación intelectual y también manual. Enseñaba a sumar y a restar, pero también las artes de la carpintería, la labranza de la tierra, la herrería, la cristalería, todos los oficios a la vez. Era como un hombre del renacimiento, pero de nuestro renacimiento porque lo que le dolía a Don Simón era el destino de América. Él vio que venía mal la mano. Y con mucha claridad, él que había sido maestro de Bolívar, decía que no somos independientes y acusaba a los dueños del poder, por eso lo iban echando de todos lados, lo llamaban “El loco Rodríguez”. Les decía: “Ustedes se la pasan copiando todo lo que viene de Europa, de Estados Unidos, ¿por qué no les copian lo más importante que es la originalidad? Y agregaba: “Enseñar es enseñar a pensar y enseñar a pensar es enseñar a preguntar. Enseñen a preguntar, enseñen a preguntar por qué, no a repetir como papagayos lo que la lección dice que es la verdad”. Y bueno, solito anduvo por los caminos este hombre que insistió en que éramos cada vez menos independientes porque andábamos copiando, porque los productos importados iban desplazando a la producción local de cada uno de los países, nos estaban convirtiendo en bazares de producciones ajenas, no sólo de objetos, de cosas, sino también de ideas. Era un tipo extraordinario y yo creo que fue el que mejor la vio, este venezolano Simón Rodríguez, que se llamó con diferentes nombres durante toda su vida y tuvo una cantidad de hijos por todas partes y les ponía nombres sacrílegos porque uno de sus enemigos era la iglesia terrateniente, la iglesia despótica, entonces a los hijos les llamaba Zanahoria, Choclo, Tomate, así que pasaba por loco. Terminó muy solito.

Todavía no somos independientes, estamos muy atados. Hay signos ahora muy alentadores de cambio que



corresponden a una voluntad popular porque la gente se hartó. Estos últimos treinta años nos han obligado —y hemos aceptado— a adoptar la religión del mercado, a creernos el cuento absurdo de que el mercado manda y tiene el derecho de mandar y no hay por qué interferir en su voluntad divina, que él hará de nosotros lo mejor. Nos han obligado a bailar salsa al ritmo de la orquesta del Titanic. Llegó un momento en que la gente se cansó, sobre todo con la catástrofe universal que estamos padeciendo. Los países dominantes han impuesto esa religión del mercado, han hecho puré al Estado en nuestros países latinoamericanos. El Estado, la base material de una soberanía real, de una independencia verdadera, fue deshecho, fue pulverizado, país por país, a partir de estas imposiciones que vinieron de los tecnócratas del Fondo Monetario, del Banco Mundial. Estos que llegan a un país y deciden en quince minutos qué es lo que ese país debe hacer y determinan la velocidad del vuelo de las moscas, la frecuencia del abrazo de los amantes, el nivel de los salarios, el valor de cambio de la moneda, todo.

Espejos es un libro que se burla de las fronteras del mapa, y del tiempo, también de los géneros. Salta libremente del presente al pasado.



Y eso fue aceptado con relativa pasividad o impuesto muy violentamente por las dictaduras militares que, en algunos casos, actuaron con cierto apoyo popular. Y bueno, llegó un punto en que ya la contradicción estalló, que se hizo evidente que esto no iba más. Entonces se abre ahora el camino de la reconstrucción, pero es muy difícil porque estas son tierras arrasadas. Qué independencia podemos tener si nos han arrasado la base material de la independencia. El Estado está completamente desarticulado. Cambiamos un imperio por otro, el español por el británico. Después, el británico por el norteamericano y cada vez nos va peor porque al menos los ingleses habían dejado los trenes que no sólo conectaban los centros de producción con los puertos, sino que lentamente fueron conectando a los pueblitos entre sí y eso fue aniquilado cuando se impuso el modelo norteamericano del rey automóvil, el automóvil omnipotente. Sólo en Argentina desaparecieron ochocientos pueblos cuando el tren fue exterminado, fue asesinado por Menem y los suyos.

PAÍSES MENTIDOS, MUTILADOS POR LA CONQUISTA

Ahora hay que reconstruirnos. Hay signos muy alentadores de que esos procesos de reconstrucción y de cambio están en marcha en varios países. Pero todavía nos escandalizamos cada vez que un presidente latinoamericano, expresando la voluntad popular, quiere reestablecer el sentido común. Dicen que es el menos común de los sentidos y es verdad. Por ejemplo Correa, el Presidente de Ecuador dice: “Ah, la deuda externa, muy bien.

Claro, nosotros vamos a pagar pero primero tenemos que saber a qué corresponde esa deuda”. Esto provocó un escándalo universal. Qué es eso de averiguar a qué corresponde la deuda, a quién se le ocurre, ¿no ve que así está poniendo en peligro el prestigio del país? Miles de expertos, de tecnócratas, políticos, hombres alfombra, de estos que les gusta que los pisen, que son numerosos en el planeta, pusieron el grito en el cielo. Cómo que quiere averiguar. Está muy bien que quiera averiguar, lo que es escandaloso es que no se les haya ocurrido antes a todos los demás. ¿Por qué el Uruguay tiene que pagar una deuda que no sabe de dónde viene? Y, además, si la deuda viene de la dictadura militar, ¿por qué tenemos que pagar el garrote que nos golpeó? Y si la deuda viene de la corrupción de los políticos que nos robaron, ¿por qué tenemos que pagar dos veces ese robo? Es decir, a los políticos y además a los bancos que les proporcionaron la posibilidad de robar. La actitud de Correa es un acto de sentido común que provocó escándalo mundial. Lo mismo va ocurriendo con cada una de las cosas que se hacen. Muchas de las acciones de Hugo Chávez en Venezuela han sido también dictadas por el sentido común. Ese era un país petrolero al servicio del mercado mundial, completamente vuelto de espaldas a su propia gente.

América Latina es una región muy diversa, por suerte. Eso es lo mejor que tenemos y, por lo tanto, los caminos del cambio son también diversos. El hecho de que Chile haya elegido a una mujer ya me parece muy positivo, como el hecho de que Bolivia se haya enterado por fin de que es un país de mayoría indígena, que ya era hora. La constitución que da nacimiento a la República Bolívar —así se llamaba en homenaje al libertador—, algo así como su partida de nacimiento, fue redactada por Bolívar. Era una constitución lindísima, perfecta. Tenía sólo un defecto: excluía de la ciudadanía al 97 por ciento de los habitantes. Era un defectito que tenía, nadie es perfecto, bueno era una constitución para el 3 por ciento de la población. Las mujeres no podían acceder a la ciudadanía y tampoco tenían este derecho los ciudadanos que no supieran escribir y leer correctamente la lengua castellana que eran casi todos, por supuesto. Entonces, en esos países mentidos, donde todos nacimos mentidos, mutilados por la conquista, todavía está pendiente llevarla a cabo y recuperarnos en nuestra plenitud. Me parece que es un problema universal recuperar la plenitud humana.

Escribí este libro, *Espejos*, para recuperar los colores perdidos del arco iris terrestre, para confirmar que somos mucho más de lo que nos dijeron que somos. Y hemos sido mutilados por el machismo, por el racismo, por el elitismo. La Casa Blanca, por ejemplo, fue construida por manos negras, por esclavos. El primer personal de servicio lo proporcionó, muy generosamente, el Presiden-

Lo que quiero es llegar a la sencillez total, a la capacidad de decir mucho con poco en palabras como las que me enseñó a escribir mi maestro Juan Rulfo.

te Thomas Jefferson, eran esclavos de su propiedad. Un gesto noble el de Jefferson, porque no le cobraba nada al Estado por este favor que le hacía. Pero este patriarca de la libertad era dueño de ellos. Y así lo mismo con todos y cada uno de nosotros. Cuando yo era chico, uno de los héroes que venerábamos era Francisco Antonio Maciel, el padre de los pobres. Teníamos la imagen de él y le cantábamos el himno. Era el padre de los pobres, fundador del hospital de caridad, un alma caritativa y buena. Investigué por ahí un poquito para ver cómo era la cosa con el padre de los pobres, de qué vivía, y resulta que era traficante de esclavos, vendía carne humana. Esa era la profesión de este cura venerado que todavía está en las escuelas de Montevideo. Lo mismo pasa con muchos de los héroes, son tantas las estatuas que sobran como las que faltan. Por cierto, yo digo que uno de los que habría que rescatar, porque fue el que más tuvo conciencia social de todos los héroes de la independencia, es José Artigas. Siempre me pareció un tipo extraordinario, en primer lugar por su sencillez. Era un mal militar, pero fue el autor de la primera reforma agraria de América. Medio siglo antes que Lincoln y un siglo antes que Zapata. El autor de la primera reforma agraria, que es una tarea pendiente en casi toda América Latina, y fue un hombre que no quiso que la independencia fuera lo que fue, una emboscada contra sus hijos, contra los hijos más pobres de América. Los que habían puesto el pecho en las balas no fueron jamás recompensados, como suele ocurrir en la historia.

JUAN RULFO, EL MAESTRO

Hay humor e ironía en estos textos. Es mi manera, es como charlar con los amigos en los cafés. Yo me formé en los cafés, son mi universidad. Nunca fui a la universidad, ni siquiera terminé la secundaria, hice seis años de escuela, uno de secundaria y ahí se acabó. Todo el resto lo aprendí en los cafés, y en los cafés aprendí que el verdadero lenguaje humano está lleno de amor y de humor. Ese es el drama del lenguaje de la izquierda tradicional que ha sido siempre bastante frígido, desconfiado del humor. Voy a contar algo que me pasó: Yo me solté mucho más después de escribir *Las venas abiertas de Amé-*

rica Latina en el 70, un libro bastante tradicional. Mis aventuras literarias posteriores fueron más libres, más divertidas. Sin embargo, el jurado de Casa de las Américas no premió al libro porque lo consideraron poco serio, y lo consideraron poco serio porque no lograba aburrirlos. Hay una lamentable tradición que identifica la seriedad con el aburrimiento. Cuanto más aburrido eres, más serio eres y por supuesto ni qué hablar, cuanto más complicado eres, más profundo eres, a partir de un razonamiento que se podría sintetizar así: Ya que no podemos ser profundos, seamos complicados. Mi camino es a la inversa. Lo que quiero es llegar a la sencillez total, a la humilde y verdadera luz de la vela, a las cosas elementales, a la capacidad de decir mucho con poco en palabras como las que me enseñó a escribir mi maestro Juan Rulfo. 

